

que deban mirarse como obra de la religion misma?

Es tal, señores, la conducta de los incrédulos que callan los bienes inmensos que el cristianismo ha producido en la tierra, y ponderan con satisfaccion los abusos que de él han podido hacer las pasiones humanas. Los cismas y las heregias que han turbado los estados, las contiendas sangrientas, y las guerras que han dimanado de ellas, las cruzadas que atribuyen á un falso entusiasmo religioso, la mortandad de los indios al tiempo del descubrimiento del nuevo mundo, los horrores del dia de San Bartolomé, y la revocacion del edicto de Nántes; he aquí lo que citan como obra de la religion misma; y pintado así el cristianismo con tan negros colores, se presenta á una imaginacion exaltada solo como un monstruo enemigo de la humanidad.

A todas estas declamaciones inspiradas por el odio y la preocupacion, podria desde luego responder con el autor del *Espíritu de las leyes* (1). „Es muy mal modo de argüir contra la „religion hacer en una grande obra una larga „enumeracion de los males que ha producido,

[1] Lib. XXIV, cap. II.

„si no se hace tambien la de los bienes que ha „causado. Si yo me propusiese referir todos los „males que han ocasionado las leyes civiles, el „gobierno monárquico y el republicano, diria „cosas horrorosas.” Con semejante modo de raciocinar contra la religion, y tal manía de hacerla responsable de los abusos que de ella hacen los hombres, olvidando al mismo tiempo los bienes de que es origen para solo recordar los males á que sirve de pretexto, ¿sabeis, señores, á dónde iriamos á parar? Al trastorno del orden social, y al estado salvaje; porque al fin yo tambien podria referir los males que ha ocasionado la sociedad, y decir: Recorred los anales de los pueblos, tanto antiguos como modernos, los de los egipcios, de los persas, de los griegos y de los romanos, los de los bárbaros que arruinaron el imperio romano, y los de las naciones que se formaron de sus reliquias; estudiad la historia de las cuatro partes del mundo, y en todas hallareis vicios y crímenes horroresos, á que ha dado lugar la civilizacion misma, y por todas vereis ensangrentada la tierra por divisiones y guerras en cierto modo perpetuas. Apénas en las veinte y cuatro horas en que se divide el dia, habrá una sola en que en algun punto del globo no corra la san-

gre humana derramada por el hierro en los combates: ¡tantas y tan crueles calamidades puede producir la sociedad! Y ¿seria por eso útil al género humano vivir errante en los bosques como los animales? Lo que vosotros responderiais á esas declamaciones contra el orden social, eso mismo responderé yo á los que declaman contra la religion. Pero, señores, si respecto de la sociedad no se trata de saber lo que puede llegar á ser el poder que la gobierna puesto en manos que abusen de él, sino lo que sin él seria la misma sociedad, ¿por qué se ha de buscar en el cristianismo únicamente el abuso que el hombre puede hacer de él, y no se ha de procurar conocer lo que serian sin él las naciones que le profesan?

¿Recordais, diré yo á los incrédulos, las guerras de religion, y ocultais al mismo tiempo que una ambiciosa y turbulenta política era la que urdia en secreto aquellas tramas, y la que en seguida sublevaba los pueblos en nombre de la religion, como lo ha reconocido Juan Santiago? Habeis calculado por aproximacion el número de víctimas que pueden haber hecho las disputas religiosas en el espacio de diez y ocho siglos, y habeis contado seis mil en cada año distribuidas entre las diversas naciones cristianas;

pero al mismo tiempo os desentendeis de que las máximas de la religion han hecho ménos crueles las guerras y mas raras las revoluciones; que han introducido entre los pueblos un cierto derecho de gentes y reglas de equidad que nunca serán suficientemente agradecidas, y que de este modo han ahorrado la efusion de sangre humana. „Sin salir de nuestra Francia, „dice un apologista moderno (1), yo sostendré „que solo la institucion de las casas de expósitos, y el cuidado que inspira á los padres la „idea del bautismo, conservan todos los años „mas de seis mil franceses. . . . La crueldad de „los chinos, continúa él mismo, deja perecer todos los años mas de treinta mil niños, segun „cuenta hecha; y aun nos ponderan los filósofos las costumbres chinas! La barbarie de los „romanos dejaba tambien morir de hambre y „de enfermedad todos los años un gran número de esclavos, y nada tampoco dicen de esto „los filósofos.” Publicais que el cristianismo es el que únicamente ha encendido sangrientas disputas de religion, y que solo él ha inspirado el celo perseguidor; y olvidais que la historia de

(1) Bergier, *Traité de la vraie Religion*, part. III. cap. VII. §. 19, tom. X, pág. 437, en 12.

los pueblos de la antigua Grecia nos presenta una guerra sagrada, continuada con furor por espacio de diez años, de la cual fué causa la religion (1); que cuando Xerxes, adorador del fuego elemental, taló la Grecia, destruyó tambien los templos de sus dioses; que miéntras que en Egipto colocaba un pueblo sobre los altares cierta especie de animales, sus vecinos los abominaban, de lo que procedian guerras continuas de ciudad contra ciudad (2). Olvidais que el celo del paganismo hizo correr arroyos de sangre cristiana en las provincias del imperio por espacio de tres siglos: que los armenios, que habian abrazado y profesaban tranquilamente el cristianismo, tuvieron que sostener en el siglo IV una guerra cruel contra Maximino que se puso al frente de sus tropas para atacarlos en sus montañas, y obligarlos á restablecer los ídolos que habian derribado: que Juliano el filósofo hizo á la religion una persecucion mucho mas tenaz y terrible que la de Neron: que el Califa Omar destruyó mas de cuatro mil templos paganos, ó iglesias cristianas, y extendió por la

(1) Rollin, *Histoire ancienne*, lib. XIV, §. 2. tom. VI, en 12, pág. 40.

(2) Rollin, *Histoire ancienne*, lib. I. cap. XI. §. I, tom. I, pág. 73.

fuerza de las armas, en dilatados paises, la doctrina del falso profeta: que las contiendas religiosas sobre el Alcoran, han originado guerras sangrientas entre persas y turcos; y olvidais por último que en nuestros dias la incredulidad, con el nombre de filosofia, despues de haberse armado de sofismas, se ha armado tambien con la cuchilla homicida contra los discípulos del Evangelio: ¡y aun os atreveréis á decir que solo el cristianismo se ha manchado con disputas sangrientas! Compadecemos, señores, á la humanidad por ser capaz de abusar de cuanto hay mas sagrado sobre la tierra: pero porque el cristianismo haya podido ser inocentemente pretexto para algunos males, no por eso olvidemos los beneficios que le debemos por las virtudes que hace practicar á los hombres. Despues de haber visto el sol alumbrando y animando la naturaleza con su brillo y calor, ¿será lícito insultar su luz porque su fuego levante de la tierra vapores de que alguna vez se forman tempestades (1)?

¿Y qué diremos de las Cruzadas? No acusemos, señores, ligeramente sobre esto á nuestros padres, ni condenemos unas empresas extraor-

(1) *Paradoxes interessants*, pág. 375, y 406.

dinarias que tanto han influido en los destinos de la Europa. Si quisiéramos reflexionar bien las cosas, tal vez veríamos que nuestros padres fueron guiados con más seguridad por sus sentimientos religiosos, que nosotros por nuestra fria razon, y que las guerras santas prueban su prevision tanto como su valor. Yo convendré en que el deseo de rescatar el santo sepulcro y los lugares consagrados por la piedad del mundo cristiano haya tenido gran parte en aquellas lejanas expediciones, y que este haya sido el motivo popular de esas empresas que parecen increíbles, así como aun en el dia es su lado poético. ¡Pero no podrán acaso traslucirse por entre aquel entusiasmo que dominó al Occidente, las ideas de una política tan legitima como profunda? Yo no trato de disimular el libertinage y la licencia de un gran número de cruzados, el modo imprudente de dirigir las guerras santas en algunos puntos, ni la locura de ciertas reuniones tumultuosas que salian de Europa, sin disciplina y sin orden. Pero, señores, ¿no se cometen en todas las guerras, aun en las mas justas y mas bien dirigidas, excesos que las deshonran? El hombre lleva consigo mismo á todas partes los extravios de su espíritu y de su corazon. Examinemos pues en general y en sus efec-

tos esas cruzadas emprendidas segun las reglas comunes de la guerra al fin del siglo XI bajo del reinado de Felipe I, en el XII bajo del de Luis el jóven, y en el XIII bajo del de San Luis; y juzguemos con imparcialidad. Es cierto que si buscamos los motivos de estas empresas hallaremos que la profanacion de los santos lugares, la opresion de los cristianos de la Palestina, y los insultos crueles hechos á los peregrinos de las naciones cristianas, fueron el medio poderoso de que se echó mano para excitar el valor: ¿pero se podrá tampoco ocultar que la idea de las potencias coligadas fué la de salvar sus tierras de la invasion que las amenazaba? ¿No era formidable aquel poder mahometano que habia ya hecho tantos progresos, y que parecia no conquistar sino para destruir la civilizacion y el cristianismo? ¿Debia acaso la Europa esperar tranquilamente la vergüenza y el azote de la esclavitud, y dejarse oprimir separadamente cada nacion cristiana en lugar de hacer con todas las demas una santa liga contra el enemigo comun? ¿Por qué, si admiramos á Anibal atravesando los montes para llevar la guerra á la Italia y vencer á Roma en Roma misma, por qué hemos de desear que los pueblos europeos se hubiesen abandonado á un cobarde

reposo ántes que llevar la guerra hasta el centro del imperio de sus enemigos? Es además un hecho bien comprobado que el celo de los latinos fué excitado vivamente por los enviados del emperador Alejo, los cuales solicitaron sus socorros en los concilios de Plasencia y de Clermont: yo no sé si se querrá poner en el número de los fanáticos al príncipe de los filósofos modernos, al inmortal Bacon; pero lo que no tiene duda es que en sus obras se halla un diálogo sobre *la guerra sagrada*, cuyos principios se dirigen á justificar las guerras hechas á los mahometanos. No era tampoco el juicioso Fleuri un necio entusiasta, y en sus *Discursos sobre las Cruzadas* (1), sin dejar de reconocer en ellas ciertos inconvenientes, no duda sentar que sus gefes obraron impelidos por miras políticas; y en su obra titulada *Costumbres de los Cristianos* (2) dice estas palabras dignas de atención: „Estas empresas se habian hecho necesarias; no „habia entónces ningun príncipe cristiano bastante poderoso por sí solo para contener los „progresos de los mahometanos, enemigos declarados de cuantos no quieren abrazar su re-

(1) VII Discours sur l'hist. ecclesiast. núm. 1.

(2) §. 64.

„ligion, y que hacia ya mas de doscientos años „saqueaban impunemente la Italia, y eran dueños de la Silicia y de casi toda la España. Por „los esfuerzos de las Cruzadas fueron arrojados „de esta parte de Europa, y considerablemente „debilitados en el Egipto y en la Siria.” Tampoco era un ignorante cierto escritor de nuestros dias, de quien tenemos una disertacion sobre las Cruzadas en las *Memorias de la academia de inscripciones y bellas letras* (1): hablo del sabio Mr. de Guignes, cuyas palabras son las siguientes: „Cuando criticamos estas empresas es porque no hemos reflexionado bastante „sobre el estado de los negocios en aquella época. Los musulmanes, despues de haberse apoderado de la Siria, se habian tambien hecho „dueños primeramente del Africa, y en seguida „de la España y de todas las Islas del Mediterráneo, desde donde insultaban continuamente „las costas de Italia. Por la España y por la „Córcega se introducian tambien en nuestras „provincias meridionales, y las talaban, robando además nuestros navios: Constantinopla era „una barrera poderosa; y si la hubieran podido „salvar como intentaban, toda la Europa que-

(1) Tom. XXXVII, en 4.º pág. 467.

„daba amenazada, y expuesta á caer en su poder. Solo atacándolos en el centro de su imperio, se podia esperar debilitarlos considerablemente. Así en efecto se hizo, y de este modo se les dió un golpe de que no pudieron rehacerse.”

Así pues, estas guerras fueron como un dique opuesto á la irrupcion de los bárbaros, y salvaron la civilizacion y el cristianismo: añadamos á esto que libertaron á los pueblos de la Europa de su propio furor, é hicieron cesar la opresion debilitando el poder de los grandes y fortaleciendo la autoridad real. Así lo ha reconocido el presidente Hénault, y por esto, dice hablando de las cruzadas (1): „Ellas contribuyeron mucho á que nuestros reyes se deshiciesen de aquellos tiranos importunos que marcharon á llevar á regiones lejanas su espíritu turbulento, y dejaron en paz el estado.”

Es indudable por último que ellas reanimaron el gusto al comercio, á las ciencias y á las artes, y prepararon aquella revolucion que debia producir los siglos de Leon X y de Luis XIV. Sobre esto puedo tambien alegar el testimonio de escritores nada sospechosos. En la

(1) *Histoire de France*, primera parte, tom. III. pág. 976.

Historia Universal, traducida del ingles (1), se dice lo siguiente: „Las Cruzadas opusieron el mas grande obstáculo al poder de los mahometanos: hicieron conocer á los príncipes de Europa las utilidades de la marina, y abrieron el camino á los grandes descubrimientos.”

No nos admiremos pues de que un escritor frances que mira las cosas mas en grande que la generalidad de los escritores, haya dicho estas palabras (2): „Debilitada la vista por el odio, no ha podido abrazar el plan general de un tan vasto cuadro, y solo se ha fijado en algunos pormenores, porque el carácter distintivo de la filosofía moderna es cierta limitacion de espíritu, quiero decir, un espíritu que solo se ocupa de pequeñeces . . . ¡Desgraciado el tiempo, y desgraciados los pueblos en que los motivos que promovieron las cruzadas hayan podido ser atacados impunemente por declamaciones de retóricos, ó desfigurados por sutilezas de sofistas.”

(1) Tom. XXI en 4.º pág. 2. Véase el libro titulado *De l'influence des Croisades sur l'état des peuples de l'Europe*, por Mr. de Choiseul d'Aillecourt: obra que alcanzó una parte del premio designado por el instituto en 1808.

(2) De Bonald: *Législation primitive*, tom. III. discours politiq. §. 8.

Basta, señores, para que la juventud conozca que debe hablar con mucha precaucion de las Cruzadas en lugar de tomar de ellas ocasion para tratar á la religion con una ligereza muy reprehensible.

Paso á hablar de la mortandad de los indios, de que se acusa á los españoles, punto sobre el cual se ha llegado en nuestros dias hasta el extremo de escribir *que se habian sacrificado á Jesus doce millones de naturales del pais*. Señores, cualquiera que oiga ó lea calumnias tan atroces no puede ménos de pasmarse de asombro. Aunque se concediera que algunos cristianos ó sacerdotes españoles se hubiesen dejado extraviar por un celo violento y sanguinario (1),

(1) Es preciso tener presente que los escritores extranjeros, émalos siempre de las glorias de los españoles, les han atribuido falsamente un celo violento, feroz y sanguinario en la conquista del nuevo mundo, y no es de extrañar que el exmo. señor Obispo de Hermópolis, escribiendo en un pais en que el torrente de la opinion propende á tales imputaciones, no haya tomado por su cuenta el impugnarlas, y si conformándose con ellas en cierto modo, aunque por medio de una mera suposicion. Para que los lectores puedan formar un juicio exacto sobre la falsedad de los excesos que la emulacion y la envidia imputan á los españoles en la conquista del nuevo mundo, pueden leer el prólogo del poema titulado: *México conquistada*, escrito por D. Juan de

¿qué justicia habria para atribuir á la Iglesia cristiana los excesos de algunos de sus individuos, cuando ella misma los detesta? ¿Pero quién ignora que la religion solo intervino en aquellas conquistas para mitigar la severidad con que tal vez en algunas ocasiones trataron á los indios sus primeros conquistadores? Oid lo que sobre el particular dice, no un hombre sospechoso, sino un presbiteriano (1), y esto va á vindicar la Iglesia romana. Despues de haber observado que no debe atribuirse á la política del gabinete español la despoblacion de la América, añade: „Con mayor injusticia todavia atribuyen muchos escritores la destruccion de los „americanos al espíritu de intolerancia de la „religion romana, y se acusa a los eclesiásticos „españoles de haber excitado á sus compatriotas á degollar aquellos pueblos inocentes co-

Escoiquiz: las *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias*, escritas en italiano por el Abate D. Juan Nuix, y los trece últimos párrafos de la introduccion á la *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles hasta fines del siglo XV*, que de real orden está publicando el dignísimo español y sabio académico D. Martin Fernandez de Navarrete. *El traductor*).

(1) Robertson, *Histoire de l'Amérique*, lib. VIII, nota 71, tom. IV en 12.º pág. 143 y 323.

„mo idólatras y enemigos de Dios.... Ellos „fueron al contrario unos ministros de paz para „con los índios, y siempre trabajaron en su fa- „vor. A su poderosa mediacion debieron los „americanos todos los reglamentos que se diri- „gian á mejorar su suerte.” Nadie ignora tam- „poco que un individuo de la religion dominica- „na, Fr. Bartolomé de las Casas, se inmortalizó por su ardiente é infatigable celo en defender la causa de los indios.

¿Y qué diremos ahora del dia de San Bartolomé? Dirémos que fué un dia horrible, eterno borron de nuestros anales, y que ciertamente no habrá un solo frances verdadero que no desee poder rasgar las sangrientas páginas que recuerdan su memoria. Fué sin duda un dia horroroso; pero tambien es una horrorosa calumnia imputar á la religion los excesos que en él se cometieron, como si ella los hubiese mandado, como si los hubiese aprobado, ó como si tan espantosa tragedia pudiera acomodarse á las máximas y al espíritu del cristianismo; y mas cuando es un hecho bien probado, que ningun obispo ni sacerdote asistió al consejo en que se acordó tan horrible carnicería. Es muy fácil á los declamadores asegurar que el falso celo por la religion armó á Carlos IX con el puñal ho-

micida; pero reconozcamos en honor de la verdad que semejante catástrofe fué efecto mas bien de una política feroz, y de un resentimiento profundo de aquel monarca por las conmociones que habian agitado su reinado, que de fanatismo, y que en ella no debe verse mas que unas odiosas represalias. En efecto, el despotismo fanático de la reina de Navarra, preocupada con las nuevas opiniones habia irritado á los estados del Bearn: las representaciones y clamores de los bearneses fueron inútiles; acudieron desesperados á las armas, y su afligida patria se convirtió en un teatro de discordia. Bajo de los muros de Navarreins se peleó con furor; en Orthez se hizo una carnicería horrible, principalmente de religiosos y de sacerdotes, y se vió correr arroyos de sangre por las casas, la calles y las plazas; el Gave se tiñó de sangre, y sus aguas llevaron hasta los mares inmediatos la noticia de aquel espantoso desastre. A él se siguió la mortandad de la flor de la nobleza; y como si el dia 24 de agosto hubiese sido en aquel siglo una época destinada á bárbaros atentados, en el mismo dia murieron á puñaladas en Pau muchos nobles, habiendo violado los calvinistas los tratados con la mas negra perfidia. La historia afirma que Carlos IX juró

vengarse, y sobre esto se leen en la *Historia de Navarra* estas memorable palabras: „Estas noticias (dice el autor refiriendo los asesinatos de „Pau) incomodaron en extremo al Rey Carlos, „y desde entónces resolvió en su interior realizar otro segundo día de San Bartolomé en expiacion del primero.” Así es que cuando por parecer desistir del crimen que meditaba, reanimaba la Reina Madre su espíritu atemorizado, no le decia que se acordase de lo que debía á la religion, sino (1) ¿por qué no habeis de tener valor para deshaceros de unas personas que han respetado tan poco vuestra autoridad y vuestra persona? Se recuerdan las fiestas que el Papa Gregorio XIII mandó hacer en Roma por este suceso; pero se calla con cuidado que para paliar Carlos IX su crimen y alucinar á las córtes de Europa, despachó correos á todas para extender la voz de haberse visto obligado á tomar medidas violentas con motivo de haber descubierto inopinadamente una conspiracion contra su persona y autoridad, y que por medio de ellas se habia libertado del inminente riesgo que le amenazaba. Concedamos por un

(1) Bossuet, *Abrégé de l'histoire de France, régné de Charles IX.*

momento que algun clérigo insensato haya aplaudido tal mortandad: ¿será proceder de buena fe atribuir por eso á la religion el exceso de un ministro indigno? ¿Se deberá declamar continuamente contra la antigua magistratura de Francia porque algunos magistrados hayan vendido la justicia, ó contra las letras y la imprenta porque un escritor haya abusado de ella en el último siglo por espacio de ochenta años para predicar el libertinage y la impiedad?

Cualquiera que no esté extraviado por el odio, notará que en aquella mortandad murieron tambien *un gran número* de catolicos víctimas de venganzas personales, y que en Leon, en Tolosa y Burdeos debieron muchos proscriptos su vida á los eclesiásticos. Se sabe tambien, segun una tradicion respetable, que Juan Hennuyer, obispo de Lisieux, se opuso á este atentado con tan esforzada clemencia, que conmovidos los calvinistas abjuraron ante él sus errores. ¿Y hay acaso algun escritor eclesiástico que no haya hablado con horror de un dia tan funesto? El historiador de Enrique IV, Perefíxe, le llama „accion execrable que jamas habia tenido ni con „el auxilio de Dios tendria semejante;” y Bossuet nunca recuerda tan espantoso dia sin sentimientos de execracion. Yo no ignoro que se

ha dicho que un eclesiástico llamado Caveyrac hizo la apología del dia de San Bartolomé: esto se ha sentado como un hecho por d'Alembert y por Voltaire, como se ve por su correspondencia; y esto mismo se ha repetido despues y se sigue repitiendo en nuestros dias; pero bien conoceis, señores, que la causa de este escritor nada tiene que ver con la de la religion, porque al cabo ¿qué daño podria hacer al cristianismo el que un frenético se hubiese hecho apologista de un frenesí? ¿No habrá buena filosofía porque el filósofo Séneca haya hecho la apología de un monstruo asesino de su madre? Pero en esta parte ni aun tienen los sofistas el triste mérito de haber hecho un descubrimiento desagradable, y aun esta imputacion es una calumnia. Desde la primera página dice Caveyrac: „Se pueden dar algunas luces sobre los motivos „y los efectos de este trágico suceso, sin apro- „bar por eso tácitamente los unos, ni contem- „plar los otros sin sentimiento; pues aun cuan- „do se quitasen al dia de San Bartolomé las „tres cuartas partes de los horribles excesos „que en él se han cometido, quedaria aun bas- „tante horroroso para ser detestado por todos „aquellos en quienes no se haya extinguido to- „do sentimiento de humanidad. Bajo de tal con-

„fianza me atreveré á sostener los puntos si- „guientes:

- 1.º „Que la religion no tuvo en aquel suce- „so parte alguna.
- 2.º „Que fué un asunto de mero destierro.
- 3.º „Que solo debió ser extensivo á Paris.
- 4.º „Que pereció en dicho dia mucha ménos „gente de lo que se ha escrito.”

Sean ó no fundadas estas aserciones, hay mucha diferencia de esto á la apología de los asesinatos; y confundir lo uno con lo otro es un rasgo de mala fe que apenas pudiera creerse si no estuviera la prueba á la vista.

Me resta, señores, hablaros de la revocacion del edicto de Nantes. Ya creo notar vuestra impaciencia por saber cómo os presentaré un suceso mas inmediato á nosotros, y cuya memoria ha derramado muchas veces tanta acrimonia en nuestras discusiones políticas. Imparcial como he sido hasta aquí, diré las cosas tales como las veo, y hablaré de ellas sin rodeos ni passion. Aun cuando debiera condenarse esta medida como fruto de una falsa política ó de un falso celo, yo no veo en qué pueda servir de gran motivo de triunfo á los enemigos del trono y del altar. Luis XIV es por sí bastante grande, y en todo caso merece que se le perdo-